

Otro Alfonso posible

Yo he usado a mi amigo Alfonso como instrumento para ligar con alguna que otra chica. Sé que la oración no suena bien y se presta al equívoco. Sería más preciso haber afirmado que para mí se trata de un elemento estratégico, un recurso, en términos pedagógicos al uso. Según circunstancias, yo he necesitado mostrar que este amigo generoso, con humor inteligente y un profundo océano cultural, me abría las puertas de sus inquietudes, leía mis textos y me confiaba sus poemas. A partir de esa tarde en cualquier cafetería de Málaga, más de una amiga aceptó por fin pasar conmigo un finde en casa de Alfonso, rodeada por las sierras de la Sub-Bética, y por mis brazos en cualquier descuido, engatusada con la contemplación no sólo de aquellos paisajes feraces de Almedinilla, sino también por la personalidad de alguien a quien sitúo por delante de mí como truco hipnótico.

Bajamos del coche y aquí llega Alfonso con ese aire perpetuo de explorador inglés que investiga metódico y perplejo la trama cultural ibera durante la última desarropada centuria vigésima. Sobre las sibilantes del saludo planea discreta su coronal plana, la ese cordobesa, en román del Mercadona, pero sobre todo, lo que en breves momentos de él nos admirará, quizás ya frente a su mesa de trabajo, es esa capacidad de conversación tan amena y tan difícil de encontrar en alguien con tanta sed de conocimientos y con esa tendencia suya a dejar esquilados de misterios aquellos temas a los que dirija su mirada. Esos manantiales de sabiduría convierten sus obsesiones privadas, por regla general, en martirio de invitados. Ya digo que en Alfonso descubrí hace tiempo un efecto contrario del que me aprovecho sin pudor para esta nostalgia de la canalla que a cada ocasión cultivo.

Las mañanas del museo y el deambular ilustrado por las calles de su pueblo le pertenecían, y mi víctima quedaba embelesada junto a él y yo adquiría alguna dignidad; alguien con tan buenos amigos no puede ser malo del todo. Las noches eran mías y todo hallaba su cumplimiento, por usar una expresión cercana a los poemas memorizados de su Córdoba, siempre menos lejana y sola junto a él.

Puede que sea influencia de aquellas aguas, pero considero que mi amigo Alfonso transita por coordenadas comunes a muchos, incluso antiguos, habitantes de la zona. Si el viajero se detiene un rato en el museo de Almedinilla, podrá contemplar una impresionante figura en bronce del dios Hipnos, ejemplo único en toda la latinidad, en actitud oferente de la flor de loto que traía la paz a un dueño suyo del que constatamos su insomnio pero, además, una exquisita pasión por el arte. Una, para mí preciosa, estatuilla de Hermes-Afrodita junto al dios espectacular así lo afirma, entre otros muchos detalles. Tal sensibilidad parece que se transmite. Ahí queda la obra poética de Alfonso como prueba, versos en que predomina un gusto por la sátira (ameno e ingenioso), pero donde la humorada, a veces, ocasiona mediante una lectura ligera que pasen desapercibidas la sorpresa que despliegan sus imágenes o la delicadeza con que se aplica a la melodía del verso. Alfonso poeta, imposible de separar de Alfonso estudioso de la literatura. El signo lingüístico Alfonso. Su óptica, a la vez que la interpretación que, sobre bases inamovibles, articule acerca de los escritores por quienes sienta curiosidad, agrandan y redescubren cualquier poética. El caso Hinojosa. Somos muchos quienes hemos aprendido de su mano, y a través de su mirada, la lectura correcta de unos hemistiquios cargados de dolor y de impotencia por una comunicación imposible con ese entorno del que el poeta, sin embargo, no puede huir. Otros investigadores trazaron estos surcos; sin embargo, los de Alfonso revelan siempre una más experta factura.

Otro personaje de sus sierras a quien tengo que aludir es a Don Niceto Alcalá Zamora, presidente de España, republicano como lo es mi amigo Alfonso quien no desperdicia ni un momento de su existencia ni, por supuesto, la mínima brizna de capital que se le confíe, en trabajar por la cosa pública y en devolver a la cosa pública todo el tesoro de inteligencia del que se disponga, concepto ininteligible para mucho republicano de pandereta, sin embargo, de fácil comprensión para los indígenas de aquellos priegos y hazas cordobesas. Gracias a la gestión cultural realizada por Alfonso, varias colecciones literarias dieron a la luz títulos de muy diversos escritores y estudiosos que transitaban desde el ensayo o la investigación hasta la poesía. Yo le

agradezco, ahora en público, que mi primer libro de poemas fuese publicado bajo su amparo y consejos.

Habría sido deseable que la fortuna nos hubiese sonreído en forma de quiniela multimillonaria en euros, ya que el fracaso editorial parecía certero sin best sellers de quiosco que llevarse a las prensas. Pero no, Alfonso siguió insistiendo en su republicanismo cada mañana camino de su instituto donde un alumnado en parte indolente, en parte híper-hormonado, tiene la fortuna de recibir clases de un gran maestro. Y me consta cómo este humilde profesor semi-rural se empeña en que esos pupilos, aunque circunstanciales por estar obligados a asistir, reciban la mejor de las clases posibles. Alfonso trabaja con una honradez absoluta, consciente de que lo hace para una escuela pública, un olvido perpetuo bajo los anaqueles de quienes debieran garantizar su funcionamiento.

Vale, y ahora, unamos las características que he esbozado de este autor. Curioso, ingenioso, especialista en la literatura contemporánea, sensible y servidor público de la enseñanza. Bajo esta serie de parámetros podremos trazar el sentido de *La hora libre*, una farsa breve que ha dado pie a que yo pueda hablar todo esto de mi amigo Alfonso.

Con ese sentido del humor y de la ironía propios de quienes se sienten alojados en un margen del que saben su imposible retorno, el dramaturgo ha mezclado trazas valleinclanescas en unos diálogos acompañados por vaivenes propios de los úteres de la cachiporra de García Lorca. Ante nuestros ojos una madre guantea a un maestro juncal que pendulea el aire según designio de las bofetadas. La Yeni desencadena una acción protagonizada por nombres celestinescos, evocaciones de aquel Plauto, también lejano a los oropeles de los poderosos, y que los fustigaba desde las declinaciones más vulgares del latín burdelario. Quizás, en ese enjuto maestro que corrige o prepara la lección en la sala de profesores, Saturio, que aguarda nazareno a que, de nuevo, le rompan el bolígrafo de corregir y/o la camisita que tiene, sólo quizás, mi amigo Alfonso conjure los malos ratos que sabe que puede proporcionarle ese oficio suyo de enseñar, pago de chuscos y pimporretes, aunque sin excesos.

Esperen a que se alce el telón y disfruten de esos personajes que interactúan ya deformes como quienes fueron a notariar sus fealdades en los espejos de aquel Callejón del Gato en Madrid. Rían las miserias de quien sólo puede aceptar un destino que la tiza le dicta a golpes. Que el telón se cierre y permitan que reflexione ese rictus de amargura como de tónica en los labios. Alfonso cínico según horas. Luego, por favor, recuerden eso sí que mi amigo Alfonso es una de las personas más ocurrentes que conozco y puede hacerles brotar las carcajadas si quisiera, o dejar a su interlocutor imantado a través de un breve soliloquio sobre cualquier tema de nueva temporada que le aprisione las interrogantes, como hace con las chicas que yo pretendo ligar mediante una amenidad vicaria. Otro Alfonso es posible, como se exhibe al fondo de esta comedia ajena a sus madrugadoras cañadas apolíneas y más cercana a ocasionales libaciones junto a un Baco con acento como de Montilla o por ahí.

José Luis González Vera